





ME HAN HECHO UN TATTOO



Olga Pérez Villar

# ME HAN HECHO UN TATTOO



Primera edición: mayo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Olga Pérez Villar

ISBN: 978-84-19748-30-0

ISBN digital: 978-84-19748-31-7

Depósito legal: M-16397-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## AGRADECIMIENTOS

Mamá:

A ti, mi primer contacto con la vida. A ti, por todo: hay veces que las palabras no llegan para expresar tanto. Gracias, mamá.

Papá:

Mi querido padre, introvertido, diferente, espíritu libre. Me ha costado casi 47 años comprender tus enseñanzas. Por quererme tanto de forma tan distinta.

Ana:

«Sister», siempre fuiste, eres y serás mi hermana del alma, mi compañera de juegos, mi punto débil, mi talón de Aquiles, mi flaqueza y mi apoyo incondicional. Te quiero.

Sergio:

¡Hola B. R!, P. S. tan solo quiere decirte que lo eres TODO para ella. Mi motor, mi vida, mi fuerza, la mejor parte de mí. Gracias por haberme elegido como madre y por enseñarme tanto. Te quiero, sueños lo que...Ocurra...Sientas...Yo siempre...

Javier:

«Mi príncipe verde». No eres perfecto, mas te acercas a lo que yo simplemente soñé, como dice la canción. Ya me has salvado la vida dos veces. Por favor, que no necesite una tercera, pero si así fuese, espero tenerte cerca. No me imagino estar en mejores manos. Mi alma gemela, mi otra naranja completa que decide compartir frutero.

Ruego a todas las personas que también tendría que citar aquí que me perdonen por no hacer esta lista más extensa. A mis ami-

gos, a los que de alguna forma me han ayudado. A quien corresponda, vosotros lo sabéis: Gracias.

Y por último, pero no por ello menos importante, a todos los que ya no estáis en este mundo pero seguís tan presentes cada día, siempre, guardándome y protegiéndome, como el viento que no se ve pero se siente, como el sol que nos da calor aunque no pueda tocarnos. Os llevo en mi corazón.

Este relato está, desgraciada o afortunadamente, basado en hechos muy reales. Me quedo con «afortunadamente». Todo pasa por algo. «Maktub»: Está escrito.

## CÓMO PUEDE CAMBIAR TODO EN UN SEGUNDO

Martes 15 de diciembre de 2020

Me han hecho un tatuaje. ¿Cuál? ¿Dónde? ¿Cómo? Demasiadas preguntas, ¿no creéis?

No, no voy a contaros nada de momento, aún no tengo la suficiente confianza con vosotros y es algo muy personal, y en un sitio muy, muy, muy íntimo. Pero prometo desvelarlo, pronto. A desarrollar la paciencia, «madre de todas las ciencias».

Esta noche me desperté con dolor de garganta. También desperté sin querer a Javier, mi marido. Me dijo que tenía muy mala cara y bajó a la cocina para prepararme un vasito de leche caliente con miel. Confío al 100% en los remedios naturales y así nos curamos siempre en casa cuando estamos «pachuchillos».

Me quedé plácidamente dormida acurrucada en sus brazos, pero al levantarme, aunque la garganta ya no me dolía, me encontraba muy rara.

Bajamos andando hasta el cole, como todas las mañanas, mi hijo, Sergio; nuestro bóxer, Veyron, y yo: Lujos de vivir en un pueblecito de la montaña leonesa.

Este perro nos adoptó en Septiembre del 2019. Sí, nos adoptó él a nosotros. Vivía en la rampa de cemento del garaje de una vecina que no lo sacaba nunca, ni le hacía ningún caso. Pasaba horas y horas sin salir, de hecho, nunca había visto en mi vida meadas tan

largas como las suyas. Enseguida os cuento mi larga experiencia con perros. Empecé a hacerle alguna carantoña a través de la valla, repitiéndome a mí misma: «No, Olga, no, no te puedes encaprichar. No vas a llevar ni un perro más a casa». Luego le llevaba un trocito de pan duro para que mordisquease, en lugar de los palos de metro y pico que solía coleccionar (le gusta coger «palitos» de longitud mínima de un metro y si son dos, mejor. Bueno, la leña para la chimenea nos saldrá más barata este año), después empecé a pedir permiso a su dueña para llevarlo al parque cuando íbamos Sergio y yo, a correr por el monte con Javier....

He rescatado a tantos perros abandonados que mi casa parece un albergue perruno: Pancho, Reina, Lanza, el rottweiler negro, Tarzán, el caniche de la carretera, etc. Supongo que cuando algún bicho tiene problemas, le pregunta a alguno de los 17 gatos que viven en una finca cercana, a los que llevamos comida desde que falleció J. F., y ellos le mandan para aquí. (J. F. era un ancianito que se pasaba las tardes en una silla rodeado de gatos, su única compañía, al que Sergio cogió muchísimo cariño y al cual visitábamos siempre que salíamos. Les cocía arroz con carcasas de pollo. Estos peludos de instinto poco cazador, vivían a cuerpo de rey y nos dio pena dejarles abandonados a su suerte cuando él falleció, por lo que empezamos a llevarles comida y hasta hoy, siete años después). Espero que si no puedo entrar en el cielo de los humanos, en el de los animales me pondrán la alfombra roja.

Desde que era muy pequeña llegaba a casa con cualquier pajarillo que se había caído del nido. Lo estaba alimentando durante días con pan mojado en agua, abriéndole el pico, primero, a la fuerza y luego viendo cómo lo abría en cuanto me acercaba, para introducir la comida con mucho cuidado y muy dentro, al igual que lo haría su mamá con su pico. Vivían libres por toda una casa que estaba vacía debajo de la nuestra. Les llevaba moscas, gusanos y los iba entrenando poco a poco para la total libertad. La mayoría de las veces «remábamos mucho para morir en la orilla». Yo tenía unos seis años y os podéis imaginar los berrinches. Pero cuando conse-

guía que alguno sobreviviese y lo soltaba echándolo a volar por la ventana, la sensación de alegría, júbilo y emoción era incomparable. Supongo que parte de la «culpa» es de mi padre, que me acostumbró desde que tenía unos cuatro años a espiar, silenciosamente y sin moverme, a las golondrinas que, trabajadoras incansables, iban fabricando sus nidos con minúsculas pellas de barro. Luego las veía llegar con comida y los polluelos asomaban sus cabecitas con los picos súper abiertos. Mi padre nunca quería bichos en casa, aunque finalmente se adaptaba.

Siempre fui una niña «especial», como me describiría años más tarde mi amiga R. a mi nueva pareja, Javier, tiempo después de la separación del padre de mi hijo.

En mi casa se acostumbraron a ver llegar pollitos de colores, de esos de las ferias que van perdiendo el rosa o azul con el tiempo a la vez que pierden el cariño de los niños a los que les han regalado «un ser vivo», terrible regalo, ¿no creéis?, pollos que me seguían como un perrillo a todos los sitios.

Después llegó Jana, una coneja de Indias a la que la mamá de mi amigo J. L. echó de casa, y que consiguió aprender a tirar tan solo uno de los tres tubos del papel higiénico que le ponía para que encontrase donde estaba el premio escondido.

Cajas y cajas de zapatos con gusanos de seda que mis «compis» dejaban olvidados en el cole cada año a los que yo sobrealimentaba porque me encantaba ir a recoger hojas de moreras.

Hámsters. Uno de ellos murió por un atracón de la falda de la mesa camilla que se comió cuando le dejé por la noche, tapadito, cerca del brasero. Hacía tanto frío en esa casa de Cercedilla.

Cercedilla... Las ventanas de madera no paraban de crujiir. Mi hermana Ana y yo teníamos miedo (es dos años más pequeña, y compañera inseparable de juegos. Yo era su traductora: «Olga; ¿qué parlotea la niña?»), preguntaba mi madre que no entendía nada de su primitivo lenguaje). Mi madre, Carmen, nos decía: «tan solo es el viento que os habla, escuchadlo con atención y entenderéis su lenguaje». Ella es la persona más empática, polifacética, cariñosa y valiente que he conocido y de la cual he heredado mi pasión

por los bichos desamparados, ya que, a sus 70 años sigue llevando pan duro a todos los perros abandonados, comida a los gatos del vecindario y lanzando miguitas de pan todas las mañanas a los pájaros que la esperan, llenando las ramas del viejo abeto que da sombra a la casa. Antes había dos: enormes, majestuosos, sabios. Los conocía desde pequeña cuando me dejaban largas temporadas en casa de mis abuelos maternos: mi abuela, Teo (Teodomira Vega del Cerro) y mi abuelo, Naro (Jenaro Villar Alonso). Escribo sus nombres porque no quiero que pase como el día de su entierro: un descuidado cura dijo el nombre de otro señor y yo me levanté del banco, llorosa, destrozada y entre sollozos le dije al oído: «Jenaro Villar Alonso. Mi abuelo se llama Jenaro Villar Alonso». No volvió a confundirse en toda la misa.

¡Qué buenos tiempos pasé con mis abuelos!

Ana nació con 1600 gramos hace 45 años, prematura, con cirrosis neonatal, bazo inflamado y vómitos de sangre; posteriormente sufrió una eventración, cirrosis hepática en tejido subcapsular y un sinfín de complicaciones. El médico, «con mucha psicología», le dijo a mi madre que no se encariñase con ella, que se iba a morir. Pero mis padres pelearon con todo lo que tenían y lo que no tenían por mi hermana. Mi madre cogía la «rea» (el autobús) y un bocadillo para no tener que bajar a la cafetería, a gastar ni una «peseta» y aprovechar todo el tiempo para estar junto a la multitud de tubos y agujas que rodeaban a mi hermana a la que no podía tocar ya que estaba en la incubadora de una clínica zamorana. Mi padre era maestro. Su sueldo, los ingresos de una pequeña asesoría que atendía con su amigo Antonio quitando horas al descanso, más alguna clase particular de mi madre eran los ingresos de que disponíamos. Por cierto, qué horror privar a un bebé de todo contacto humano en sus primeros días. Supongo que, en parte por eso, mi hermana es como es, y también supongo que por eso después de 15 horas de parto y un nacimiento con fórceps, cuando nació Sergio, yo, sin fuerzas, extenuada, pude protestar hasta conseguir que me dejaran coger a mi hijo, sin lavarlo, antes de que lo viese un médico. Y él reptó encima de mí, con su cabecita amoratada y llena de heridas y

se enganchó a mi pecho. Increíble. Así siguió enganchado cada tres horas, día y noche, hasta los 18 meses. ¡Mi pequeño! Y su madre con ¡1,7 m de altura y 50 kg de peso! Consumida y feliz. Solo he estado tan delgada en esa ocasión, cuando su padre y yo nos separamos, y ahora que por la estancia en el hospital he perdido casi 6 kg en 6 días. Durante aquellos días, Ana me cuidó con toda su infinita paciencia, con calma, día y noche, como ha cuidado luego a nuestra madre durante el cáncer. Olvidándose de ella misma para volcarse en los demás. Ana, desinteresada, generosa, espléndida. Ana, enamorada hasta la médula de su único sobrino. La pareja total: Sergio y Nana (como él la llama desde chiquitito) jugando a policías, yendo al cine, comprándole todos los caprichos, fregando la calle con la «nona» (pasar la fregona era uno de los juegos favoritos de Ser), descargando música: siempre juntos Nana y Sergio, Sergio y Nana.

Mi hermana estaba muchas temporadas hospitalizada, y mi madre con ella. Mi tía Martina, hermana de mi padre, le llevaba gazpachos para ella y le cosía a Ana camisones con cintas de colores a juego. Con la mano entablillada, sujetaba las Nancys y las peinaba y peinaba, cantando, siempre cantando. Las enfermeras acudían a la habitación y le decían: «Ana no cantes tan alto, por favor, que aquí hay niños malitos», cuando una de las niñas más malitas era ella... Tan enferma y tan feliz: canica repiqueteante, sonora y risueña. El alma de cualquier fiesta. Quien más chistes seguidos era capaz de contar. Canica como la llamaba mi tío Adolfo, hermano de mi padre. Y a mí, Copito de Nieve, porque era como una gitanilla, con piel negra de calle y viento, de enormes ojos negros, pelo negro (no verde, como escribió Lorca, cuya poesía conozco de memoria desde niña, ya que «lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años». Aún me hace llorar cada vez que alguien me deja que se la recite). ¿Qué te pasó, Ana? ¿Cuándo empezaste a dejar de ser feliz? ¿Quién te hizo tanto daño como para apagar cada día más y más tu luz, tu voz, tus risas, tus canciones? A día de hoy sigo preguntándomelo, pero tu silencio y tu inaccesibilidad me impiden saber. Saber de ti.

Prosigo: como mi hermana estaba cada dos por tres ingresada, a mí me llevaban con mis abuelos a Zamora. Qué bien lo pasaba y cómo echaba de menos a mis padres y a Ana.

Mi abuela Teo, «más limpia que las arenas y el coral», «primero la obligación y luego la devoción»; tan estricta, «genio y figura hasta la sepultura». Si mi abuela, en aquellos tiempos, hubiese nacido hombre en lugar de mujer... Me quería tantísimo y ha sido tan importante en mi educación. En cuanto llegaba a su casa, a pesar de las quejas de mi madre, me cortaba el pelo corto, de chico; ¡mi larga melena negra!, para que no cogiese piojos y poder llevarme siempre repeinada a la calle con el pelo empapado en colonia Nenuco.

Ella fue la pequeña de seis hermanos. Cuidó, desde que era una niña, a su madre ciega y le ayudaba a hacerse los moños. No me extraña que no le quedasen ganas de peinarme a mí. La mandaban a cuidar las cabras. Iba muerta de miedo y sin rechistar porque, si protestaba, su hermano le arreaba con la cacha. Mi queridísima abuela. Nos hacía siempre deliciosas patatas fritas y filetes empanados. Con sus terribles jaquecas, que la mantenían días en cama a oscuras, sin que pudiese haber ni un ruido en casa y yo, intentando volverme transparente, me entretenía mirando las palomas en los abetos. Donde ahora esperan más palomas a que mi madre las alimente. Mi familia vive ahora en esa casa, actualmente reformada, pero mi cabeza recuerda cada rincón, cada mueble con el color y el aroma de las flores de mi abuela. Supongo que de ella viene mi pasión por las flores, la primavera y el monte, a pesar de, ironías de la vida, ser alérgica al polen, que estuvo a punto de matarme después de años de vacunas, por un shock anafiláctico. Tuvieron que recuperarme inyectándome adrenalina porque no reaccionaba, y quería moverme y hablar y decir que no estaba muerta, que les veía y les oía, pero mi cuerpo no me obedecía. Menos mal que la obra que revisaba estaba junto al hospital. Allí me puse la vacuna ese día...

Soy ingeniera de Obras Públicas, curiosamente la carrera que estudiaba mi padre por las noches y que no pudo acabar. Yo le hacía compañía jugueteando encima de la mesa camilla, entre sus



libros, para que mi madre pudiese dormir un poco. Lloré lo que no está escrito, día y noche «berreando» sin parar. Tenía a mis padres y a todo el vecindario agotado. Aparezco, con meses, en una foto con mi madre metiéndome en una papelera, con cara de «te voy a dejar aquí». Esta fue la primera vez en la que no sé cómo a mis padres no les quitaron la custodia de su hija los servicios sociales. Pero hay más, por ejemplo: ¿Quién deja a un bebé gateando encima de una mesa? Esa vez, unida a las muchas en las que mi hermana y yo viajábamos en el coche con la cabeza colgando del asiento y los pies en el reposa-cabezas imaginando que íbamos en un cohete espacial. O cuando nos dejaron en el parque de atracciones de Madrid, solas, de unos ocho y seis años, con mi primo y mi amiga, de edades similares. El parque cerró antes de lo previsto y faltaban un par de horas antes de que mis padres volvieran a recogernos en la puerta, como habíamos quedado. Angustiada, tras explicarle la situación, pedí a una señorita que me dejase llamar (aún no había móviles) a casa de mi tía. No solo no me lo permitió sino que consintió que nos dejaran en la puerta, a los cuatro niños asustados y de noche. Sorpresas te da la vida, como dice la canción: fue una adorable meretriz de la Casa de Campo quien, compadecida, estuvo con nosotros hasta que oímos los gritos de mis padres y mis tíos que venían buscándonos y vimos las luces de Manzanita, como llamábamos al SIMCA 1200. Esa noche salimos en el programa radiofónico de «Encarna», mi tía no paró de llamar hasta que le cogieron el teléfono y pudo denunciar lo ocurrido... Tampoco fue agradable cuando me perdieron en el Centro Comercial La vaguada, o cuando volvieron a perderme en una playa de Benidorm y aparecí 6 horas después, con 5 años, hablando animadamente con una alemana... Siempre se me dieron bien los idiomas, ya os he contado que traducía a mi hermana y el año pasado me he sacado el B2 de Inglés... ja, ja, ja...

El gateo encima de la mesa camilla entre los libros de mi padre acabó con el aterrizaje de mi cara sobre una carpeta de anillas que estaba abierta y me atravesó el labio. A esa toma de tierra debo una de mis pocas cicatrices. Generalmente, eran todas para Ana:

guerra de piedras y a mi hermana le partían la cabeza. Vueltas y más vueltas agarradas de las manos girando sin parar y al soltarnos, Ana sale disparada contra la esquina del mueble y a urgencias a coserle puntos. Saltos por las escaleras, y Ana rodando hasta el piso de abajo. Yo tengo estrella. Hay quien nace estrellado y quien tiene estrella, como dice mi madre, y yo tengo estrella. Siempre he tenido mucha suerte. La mía, y también, la que le correspondía a mi hermana, cosa que jamás he podido perdonarme.

Y continúo con la casa de mis abuelos, además de muebles, colores y aromas, veo cada figurita de porcelana que mi abuela movía con infinito mimo y paciencia al limpiar el polvo. El zorro disecado, encima de la tele (en blanco y negro), me erizaba hasta el último vello cada vez que me mandaban encenderla o apagarla (no había mando a distancia). Sudaba al acercarme al zorro, disecado, muerto, inmóvil, con sus fríos ojos de cristal como los de Plate-ro. La cabeza de un Jesucristo con la corona de espinas clavada, sangrando, con el que mi abuela aterrorizaba a Ana cuando no obedecía, y que ha hecho que, aún hoy, tenga pavor a cualquier tipo de imágenes y estatuas. (Por eso: «no eres tú mi cantar, no puedo cantar ni quiero a ese Jesús del madero sino al que anduvo en la mar», como canta mi admirado Serrat, del poema del maestro Antonio Machado).

Como os iba contando, así me entretenía yo, silenciosa, mirando las palomas en ese abeto, compañero de otro al que talaron, pese a la oposición de los vecinos, y protagonista de *Requiem por un abeto*, que le dediqué como protesta ante tamaña insensatez, y fue publicado en *La Opinión de Zamora*. Desafortunadamente, no sirvió para nada y ahora el abeto está solo, inmenso, pero solo.

Mi abuelo Naro, amante de la playa, el mar, las tardes de campo, los paseos por la ribera del Duero, tan divertido, «pura vida», un «disfrutón» del que creo que heredé los genes viajeros, trabajaba para Iberduero, propietaria de casitas que sorteaba entre los empleados para que pasaran las vacaciones. Cuando llegaba la fecha de solicitarlas él era feliz, y no os cuento como se ponía cuando le confirmaban que su petición había sido aceptada.

Nosotros íbamos a verles y gracias a esto he tenido vacaciones en distintos lugares de España desde que era un bebé y casi sucumbo al asfixiante calor de un viaje en un Seat 850, sin aire acondicionado, con cuatro adultos (mi madre, su hermano y mis abuelos), más el equipaje de 15 días, en agosto, bajando a Málaga, con retenciones en Madrid y metidita en mi cuco.

Creo que desde ese mismo momento, ya me enamoré del sur, («Ay, duende del sur» como canta Chambao). El color azul infinito de sus cielos, el profundo olor a mar, la sensación de la arena cálida en los pies, la gente alegre. Igual que mi abuelo. Renacía en aquellas temporadas: sus largos paseos, ir a comprar naranjas al mercadillo, un chocolate con churros por la tarde, las charlas al oscurecer en noches cálidas y estrelladas.

Recorrimos a lo largo de los años toda la Península: Perlorá y sus rutas nocturnas guiadas por mil luciérnagas. La Semana Santa en Orihuela, tan distinta a la que yo conocía: sobria, respetuosa, imponente, de absoluto silencio roto tan solo por el canto de un jerusalem, un miserere, la tuba espeluznante o una carraca que responde a otra en la lejanía, la esperada marcha de Thalberg, el Merlú en la madrugada, el olor de Zamora a velones y almendras garrapiñadas, la niebla implacable, el frío que hiela los huesos. Y me muestran una Semana Santa andaluza repleta de cofrades comiendo helados en medio de la procesión, repartiendo bolsones de caramelos, gritos, jolgorio, calor, saetas y risas de una multitud en fiesta gritando «guapa» a una Virgen complacida. Enriquecedor contraste de culturas, sabores y paisajes. Jerez y su olor a azahar. Huelva y la formidable Expo 92 sevillana. Coruña y la preciosa plaza de María Pita, Riazor, ... Tantos y tantos rincones asombrosos.

Mi abuelo hacía mágicas las vacaciones, pero también cada estancia en Zamora: me llevaba a todos los embalses y pantanos que descubrimos con la Zodiac de Iberduero, a merendar y bañarnos al río, a las matinales de cine infantil los domingos: palomitas volando por doquier y niños gritando y riendo sin parar, la feria: coches de choque y el algodón de azúcar, el parque y mi abuelo empujando el columpio incansable, «un poco más, abuelo», «otro ratito» y

mi abuelo condescendiente, empujando una y otra vez, sonriendo, con su santa paciencia. Me dejó su coche en todos los polígonos para que aprendiese a conducir y cuando él, con todo el dolor de su corazón, tuvo que dejar de conducir, me lo regaló.

En fin, perdón, perdón, perdón. Mi cabeza es una olla exprés a punto de estallar. Las palabras brotan incontrolables, los recuerdos se acumulan, empujándose unos a otros, vomito frases y frases, como en el hospital vomitaba una y otra vez. Necesito sacarlo todo, ordenar el caos de mi cabeza, recordar cada momento.

En los últimos días no he estado en el túnel, o si fue así, al final no veía luz, pero lo que sí he hecho es revivir mi vida entera, volviendo a recuerdos que pensaba olvidados, perdidos en la niebla de un tiempo muy lejano.

Todo ha vuelto, tan nítido que en mi inconsciencia pensaba que lo estaba viviendo de nuevo, real, palpable, oía las voces, veía cada rostro, cada adorada arruga, podía oler los geranios de mi abuela recién regados al anochecer, la brisa del mar salada y húmeda, el verdor del monte alrededor de mi casa, los atardeceres entre juncos de la albufera en Valencia, escuchar la música clásica con la que mi padre nos despertaba los domingos...

Y olvidaba las caras desconocidas de anestesistas y cirujanos estresados que se movían demasiado rápido, y los olores de hospital, vómito y desinfectante que siempre me han revuelto las tripas. Desaparecían los ruidos de los esfuerzos de los compañeros vomitando, los carros de la comida, los sonidos metálicos de tijeras y bisturís en la operación, en cada cura, las luces deslumbrantes en mitad de la noche que anunciaban otra bolsa de suero, el antibiótico o un poco más de morfina.

Bueno, primera toma de contacto importante antes de mostrar un tatuaje a unos desconocidos...

Estábamos con todas mis mascotas, empezando por gatos: Tigre, y mucho antes Jackie (por Jackie y Nuca, los dibujos animados), que salía a buscar a mi padre antes de que nadie hubiese oído el coche y que se quedaba tan profundamente dormido en su regazo, que acababa cayéndose al suelo: los gatos si están profun-

damente dormidos, no siempre caen de pie. Fue el animal que más conectó con mi padre. Se querían muchísimo.

También perros: Sola, la hallamos casi recién parida abandonada en una cuneta. La alimentaba con un cuentagotas a base de leche templada rebajada con agua cada dos horas Dormía junto a mi cama, en una cunita, con un reloj de «tic-tac» para simular los latidos del corazón de su madre, un peluche para que le hiciese compañía y una botella de agua caliente. Sola, porque así estaba cuando la encontramos. Yo le pedía a mi padre que me dejase quedármela, pero parecía que esta vez era inviable convencerle. Le imploraba quedarme a esa perra por haber acabado Obras Públicas (mientras mis amigos pedían coches e interrails).

Recuerdo el día que fui a ver a mi padre al cole para decirle que, por fin, había aprobado la última asignatura. El dire, «Manolorivera», me felicitó y subió conmigo. Llamó a la puerta y abriendo solo un poquito le dijo: «D. Isauro, ha venido a verle su hija para comunicarle que ya es ingeniera». La respuesta de mi padre fue: «dígle a mi hija ingeniera que quedan 10 minutos de clase y cuando acabe seguirá siendo igual de ingeniera...». Manolo cerró la puerta petrificado, diciéndome que salía ahora mismo, que se le veía muy emocionado por la noticia, que ya conocía lo celoso que era mi padre con su trabajo.

Ir fue una mala idea. Yo sabía perfectamente cómo era mi padre.

Supongo que nos ha querido siempre mucho a las tres, aunque sin decirlo, sin comunicarlo, sin demostrarlo. Como dice mi madre «nunca nos quiso como nos hubiese gustado que nos quisiera». Siempre ético, ejemplo de sabiduría, conocimientos y cultura general: «el Espasa» como lo llama mi tía, riguroso, justo. Jamás me puso hora de llegada a casa: «si eres lo suficientemente mayor para salir, serás lo suficientemente mayor para saber a qué hora debes llegar». No conseguí que me hiciese ni una fotocopia en su cole, ni durante un fin de semana necesitándola para el lunes: «la fotocopidora del colegio no es para beneficio nuestro». De ningún modo logré que me diese su opinión sobre lo que tenía que hacer o dejar de hacer en ningún momento de mi vida, ante ninguna elección.